

MANEL QUERALT

Vacu  
el ser sufriente

---



## Prólogo a la primera edición en catalán

Si la tarea de prologar es difícil a la hora de presentar una obra de ensayo, qué decir tiene cuando se trata del prelude de un libro de poesía. No es fácil ponerse en la piel del autor e interpretar el chorro de sensaciones y pensamientos que configuran su obra poética. El texto es la exteriorización de una interioridad que busca la complicidad del lector. Dotando de ritmo su voz interna, el poeta manifiesta externamente su identidad más profunda, nos muestra el núcleo esencial de su yo. En este sentido, el acto de poetizar es un acto de desnudamiento, de *desvelamiento*, porque el poeta descubre al lector desconocido su lado más vulnerable.

Una vez sumergido en el texto, el lector puede sentirse muy identificado con aquello que palpita en la interioridad del poeta. Cuando esto ocurre, el poema acaba formando parte de nuestro legado personal, deja de ser un objeto intelectual o literario, para convertirse en una ventana de la propia subjetividad. A menudo, los poetas saben expresar mejor que nosotros mismos aquello que sentimos en la profundidad de nuestro ser. Ponen palabras a nuestras impresiones, a nuestros sentimientos, a nuestras emociones. Nos ayudan a definirnos más perfectamente, aunque ya sepamos que nunca podremos hacerlo por completo, porque las palabras no pueden contener la magnitud de la

experiencia humana. Los poetas tienen el don de la palabra, la plasticidad de la imagen y el ritmo necesarios para dotar a su obra de la armonía ideal.

La poesía, pues, nos permite acceder al océano subjetivo del otro, aunque este itinerario siempre presente algún que otro escollo. La probabilidad de no ver lo esencial, o de interpretar incorrectamente el núcleo de la obra, siempre está presente cuando uno se dispone a analizar las ideas de un poeta. Con todo, el esfuerzo merece la pena, ya que cada texto esconde infinitas posibilidades y cada lector hace suyos los hallazgos personales. Leer poesía es como empezar un viaje sin retorno: no sabemos hacia dónde nos llevará, ni cómo seremos al llegar al final. Con frecuencia, no resulta un camino agradable, porque descubrimos ámbitos de la existencia y de nuestra subjetividad que hubiéramos preferido no conocer. Sin embargo, el poeta no es quien nos muestra tan sólo lo sublime de la vida, sino también aquello oscuro y mezquino. De ahí que leer poesía exija una cierta fortaleza de alma, pues no siempre el lector está dispuesto a enfrentarse a sí mismo, ni tampoco a los límites de su mundo.

El autor del libro que el lector tiene entre las manos me ha invitado a prologar esta obra poética, por lo que me siento agradecido y atemorizado a la vez, debido a la compleja tarea que esto comporta. Y es que no es sencillo calificar con adjetivos la poesía de Manel Queralt. De entrada,

podríamos decir que estamos ante un poeta maduro que ya ha expresado en otros textos muy logrados su concepción del mundo, del hombre y de la existencia humana; alguien que ofrece al lector una poesía de pensamiento, una poesía que tiene como objetivo central hacer reflexionar al lector, llevarlo hacia lugares desconocidos y propiciar en él el acto de pensar. No obstante, no se trata de una poesía puramente intelectual. A pesar de ser rica en conceptos filosóficos –en ella abundan los implícitos metafísicos–, es una poesía intensamente apasionada, que hace palpar el corazón del lector y propicia en él estados de ánimo imposibles de nombrar a priori. Quien no esté dispuesto a experimentar transformaciones en sus ritmos vitales, mejor que no lea a este poeta, porque sus versos contienen un torrente de ideas y de sentimientos que no dejan indiferente a quienquiera que se les aproxime.

Hay poetas que lees y olvidas. Pero hay poetas que lees y ya no puedes olvidar nunca más, no tan sólo porque nos hayan tocado alguna tecla del alma, sino porque nos vacían por dentro y nos dejan a la intemperie. Manel Queralt pertenece a esta segunda estirpe de poetas, y por ese motivo me permito hacerle al lector la siguiente advertencia: lo que encontrarás en estas páginas que siguen es poesía filosófica, un largo poema de búsqueda personal, una exploración honesta y cruda a la vez de la condición humana.

No me propongo, lo más mínimo, decir de otra manera lo que el poeta expresa tan bellamente en la obra que nos regala –aunque tampoco sería capaz de ello–, sino que mi intención no es otra que explorar el mundo que nos muestra desde la perspectiva de un lector que ha tenido el privilegio de degustar su poesía antes de ser editada en forma de libro. Al fin y al cabo, la finalidad de un prólogo no es comentar la obra que se preludia, sino potenciar su lectura, mostrar al lector el valor del texto que tiene en las manos, para que se disponga a leerlo o, mejor dicho, a recibirlo y dejarse interpelar por él. Si este prólogo alcanza dicho objetivo, podré darme por satisfecho, porque creo que la obra lo vale.

En nuestro paisaje cultural no abunda este tipo de poesía. Muy frecuentemente, este género literario se utiliza para embellecer retóricamente un discurso o para amenizar un acto social; pero la poesía de Queralt no obedece a ninguna de estas finalidades. Es una poesía con un profundo tono existencial, nacida de una angustia vital –en el sentido más *heideggeriano* del término–, y que describe el lado más oscuro y problemático de la vida humana. El poeta expresa rítmicamente la vivencia de la angustia ante la nada, ante la constatación de que somos tiempo que pasa, de que somos seres-para-la-muerte. Queralt se enfrenta a la experiencia del vacío, sin esconder la dureza de esta realidad, e invita al lector a hacer el mismo recorrido que él ha hecho en solitario. Podría parecer que el poeta esté buscando un

cómplice, una voz amiga que participe de su misma vivencia.

Ante el precipicio del vacío, lo habitual es la práctica de la distracción, la huída hacia las cosas materiales, la dispersión en los entretenimientos de masas. En nuestra sociedad, disponemos de mecanismos muy potentes, tanto en intensidad como en extensión, para mantener constantemente distraído al sujeto, ocupado permanentemente por hechos y noticias irrelevantes. En numerosas ocasiones, la poesía obedece a esta función; pero no ocurre lo mismo en el caso de Queralt.

El poeta nos deja plantados ante el horror del vacío y nos abandona en el borde del precipicio, solamente para que pensemos dónde estamos, quiénes somos y qué da sentido a nuestras vidas. En el seno de una cultura llena de ruido y mensajes anestésicos, la poesía de Queralt es, en cierta manera, contracultural: no se despliega en el territorio de la frivolidad, sino en el vasto territorio de la seriedad y la gravedad existenciales. Es muy posible que el lector postmoderno no acabe de comprender el drama de Vacu, el protagonista de la obra, lo que no sería a causa del autor, sino más bien de la distancia de experiencias que hay entre el poeta y el mundo. No obstante, estoy seguro de que algunos lectores habrán sentido con amargura el mismo vacío que Vacu padece y, por lo tanto, se sentirán identificados en parte con el mundo construido por Manel

Queralt.

Por consiguiente, bien se podría decir que la poesía de Queralt exige un lector dispuesto a navegar muy lejos, capaz de sumergirse en la metafísica del absurdo y a tocar con sus propias manos el carácter contingente y superfluo de la existencia humana. Somos, pero podíamos no haber sido. Existimos en un mundo donde la magnitud del mal nos abrumba. De hecho, la experiencia de la miseria del ser vertebrado cada poema de Queralt. La caducidad de todas las cosas, el inexorable paso del tiempo, la contingencia del mundo y de las personas, la fragilidad del yo y de sus vínculos son cuestiones centrales en esta opción poética. Todo es caduco en el mundo de Queralt y, sin embargo, el ser humano no vive perfectamente instalado en esta fatalidad, sino que se siente profundamente incómodo y busca, desesperado, una respuesta, una señal, un sentido a todo. La experiencia de esta insostenible levedad del ser, por decirlo con las palabras de Milan Kundera, genera un tipo de sufrimiento que, en lugar de ser de tipo corporal, es de carácter metafísico.

En la poesía de Queralt, el sufrimiento se convierte en la clave de bóveda de la naturaleza humana. El poeta se pregunta qué es lo que justifica la existencia, por qué motivo el protagonista, Vacu, desea seguir siendo, luchar para permanecer en el ser. Vacu es el arquetipo de hombre que se enfrenta responsablemente a su vacuidad y, en lugar



de salir por la tangente, busca desesperadamente una razón que fundamente su existencia y lo ampare de la tentación nihilista. Queralt pone en el mismísimo centro del poema la pregunta filosófica por definición: ¿qué es lo que hace que la vida merezca la pena ser vivida?

Vacu es un hombre frágil, vulnerable, opaco, atenazado por el dolor, desorientado en el gran laberinto de la existencia y alejado de sus semejantes. El poeta nos obliga a abrir la ventana del vacío, a mirar más allá de lo que habitualmente vemos y a escarbar en los cimientos de nuestro ser. El ser de Vacu no se sostiene sobre el Ser eterno de un Dios que ama desde la eternidad, sino en el Vacío más profundo. En la poesía de Queralt no se detecta esa Presencia que da sentido al Gólgota; más bien, parece decirnos que asumir esta vacuidad es el único itinerario de liberación.

En este extenso poema, el autor expresa lírica y agónicamente la experiencia del vacío, aquello que los autores latinos denominaban el *horror vacui*. Personaje central del poema y también, probablemente, *alter ego* del poeta, *Vacu* recorre la geografía del absurdo y nos muestra sus padecimientos al enfrentarse con esta realidad. La posible disolución en la nada, la incomunicación con los otros, la vivencia de la soledad y la impotencia ante la magnitud del mal en el mundo son omnipresentes en la poesía de Queralt. Evidentemente, el lector puede o no compartir la cosmovisión del poeta, pero, en todo caso,

tendrá que reconocer que la perspectiva que nos ofrece Queralt sacude nuestras convicciones y nos hace meditar. Tan sólo por este motivo, la poesía contenida en este libro ya posee un gran valor.

Nos dice el poeta que de las grandes preguntas, de aquellas que de verdad nos hieren el fondo del corazón y nos conmueven: «no se sabe gran cosa, nada se puede decir». La poesía de Manel Queralt posee, además de una gran belleza plástica, una intensa fuerza metafísica, ya que, lejos de moverse en el plano de la superficialidad, enfrenta al lector con los grandes interrogantes de la existencia. En este sentido, nos despierta del dulce sueño del no pensar.

Espero, apreciado lector, que sepas saborear esta poesía que Queralt tan amablemente nos ofrece. Toda ella rezuma sinceridad, honestidad intelectual y pasión por la verdad. Exige atención y, sobre todo, la voluntad de escuchar, por lo que, para poder asimilar su esencia, tendrás que hacer un esfuerzo para silenciar las voces que resuenan en tu interior, adoptar una actitud receptiva y dejarte extasiar por el texto. ¡Buen viaje, lector!

Francesc Torralba Roselló  
—Filósofo y teólogo laico—

El hombre es un aprendiz, el dolor, su maestro  
**Alfred de Musset**

Es obvio que incluso un mundo imaginado tan  
diferente del real como se quiera, ha de tener algo  
–una forma- en común con el mundo real.  
**Ludwig Wittgenstein**

En realidad, todos los seres vivos, los animales y las  
personas, quieren vivir y esta voluntad tan sólo  
desaparece en circunstancias excepcionales, como  
un dolor insoportable.  
**Erich Fromm**

.....  
Una escalera de caracol con peldaños  
de granito encadenados entre paredes  
y un techo no demasiado alto de una galería  
arañada, perforada en la roca,  
donde el ojo no atraviesa la superficie;  
quizá la redondea, le da forma,  
mas no descubre sus misterios.  
Se podría especular si un aliento  
de energía sopló sobre una pizca  
de materia prima y si dio  
lugar a una vida y si después  
ese combinado experimentó  
cambios decisivos y extraordinarios,  
para luego convertirse en una imprecisa  
y trenzada evolución  
que nos llevase con cierto convencimiento  
hasta aquí, al instante de esta historia.  
Tal vez nos extralimitaríamos  
si planteásemos que, aquellos denominados  
a partir de ahora seres vivos,  
se sucedieron uno tras otro y lo hicieron  
seleccionándose entre ellos los más aptos  
y dejando a un lado a los menos adaptados.  
Seres muy antiguos e indeterminados,  
que no podemos asegurar que existieron

porque nunca nadie los vio  
ni disponemos de vestigio alguno.  
Incluso en contra de lo que se pueda  
pensar sobre su más que improbable  
existencia y sin temor a alejarnos  
demasiado de la realidad,  
concluiríamos que esos seres  
perforaron una escalera en la roca.  
Asimismo podríamos imponernos  
la descomunal tarea de intentar  
descifrar un motivo, por pequeño que sea,  
sobre el *porqué* del inicio de una obra  
como la que aquí se usa a modo de ejemplo.  
Pero el pasado se nos muestra turbio  
y resulta imposible determinar  
cuáles fueron las causas y, por lo tanto,  
tendremos que llevar a cuestas  
el desconocimiento de aquellos orígenes:  
todo lo relacionado con a la escalera  
se nos escapa, incluidos sus inicios.  
No sabríamos afirmar si dentro todo  
es oscuridad; quizá nos equivocaríamos  
porque no estamos muy seguros, pero  
en el interior vivía una luz  
mortecina que surgía de no se sabe dónde:  
una incierta y desconocida fuente,  
una luminosidad absorbida

durante siglos por los poros de la piedra.  
Podemos conjeturar que una vez  
allí dentro no sabríamos qué podría  
suceder si, imprudente, alguien se decidiera  
—no adivinaríamos a santo de qué—  
a ascender por túnel y subir la escalera.  
Pues bien, seguro que nos sorprendería  
si nos afirmasen en contra de todo  
pronóstico, que resulta inverosímil  
pero cierto, que alguien habita en la roca.  
Procedente de no se sabe qué lejano  
rincón, sin intuir de dónde, alguna  
cosa que nos es desconocida remonta  
desde lo más profundo de la oscuridad.

.....  
«... Doscientos cincuenta y tres mil veintitrés  
doscientos cincuenta y tres mil veinticuatro  
doscientos cincuenta y tres mil veinticinco...  
¡Ojo! ¡Piensa! Piensa por qué  
te pierdes siempre que llegas a este punto  
y tienes que volver a empezar el recuento.»

.....  
¿Acaso oímos una voz de alguien que habla?  
No nos sorprende, confirma lo que ya intuíamos.  
Pero no creemos que se trate de uno  
de esos seres aludidos al principio,  
de naturaleza mineros, que por la dura

tarea que hacían debieron de ser muy  
rudos, sino de una especie más  
evolucionada, más sensible:  
seguramente, pronto estaríamos  
de acuerdo, si a este habitante primerizo,  
a ese ser, lo llamáramos hombre.  
Entonces podríamos pensar o imaginar  
que un día desafortunado, o no –siempre  
hay opiniones para todos los gustos  
porque nunca nos pondríamos de acuerdo  
sobre si pudo elegir o no  
a voluntad llegar a un mundo extraño–,  
un hombre, decíamos, fue a parar,  
no adivinamos cómo, en medio de las tinieblas.  
Por primera vez habría abierto los ojos  
de par en par para sorber con avidez  
imágenes dentro de su pequeño cerebro  
y si hubiéramos sido testigos  
presenciales, fortuitos, le podríamos  
haber entrevisto una inocente sonrisa.  
Pero, y por lo que a nosotros respecta,  
nunca oímos llantos de criatura alguna,  
ni siquiera esos sonidos guturales de bebé.  
Por lo tanto, no podríamos aludir a ningún  
nacimiento en concreto; lo más probable  
es que se trate de algún hombre pero,  
no lo volveremos a decir, tan sólo sabremos

que es débil y que si se asoma al abismo  
del vivir, finalmente sucumbirá.

Aún ahora no intuimos su nombre.

.....

Esta escalera existe porque Vacu  
la habita y mientras aquí viva existirá.

Ahora bien, si sale –sólamente en el caso  
de que lograra hacerlo, cosa que no  
queremos afirmar o desmentir–, podría  
desvanecerse y correr el peligro extremo  
de quizá nunca más volver a verla.

Así que mientras viva dentro y vaya  
contando los peldaños, siempre le será  
posible volver, arriba o abajo, al punto  
que decida, pero si se despista,  
entonces podría perderse en la noche.

El comportamiento de este Vacu es  
como el de cualquier aprendiz: hace falta  
que repita hasta la saciedad

todas las acciones orientadas  
a moverse por la escalera y a conocer  
–antes de pensar en otras cosas–  
su entorno y, resumiendo, después  
de una honda y lenta digestión,  
a consolidarlas y hacerlas suyas.

Y quizá no demasiado a la ligera,  
y por lo tanto seriamente, pensara



que podría no sólo recorrer  
ese abrupto pero regular terreno  
de forma especial, sino también  
avanzar arriba o abajo lo más posible  
y, además, contar a medida que lo hiciera  
sumando o restando un pie tras otro,  
reteniendo en la memoria la cifra  
y por último, y a la vez, mantener  
los ojos y las orejas siempre alerta,  
al acecho de cualquier pequeña  
o escondida o insignificante pista;  
no dejar nada, ningún rincón ni perfil,  
para investigar a pesar del continuo  
chantaje de las dudas que tiene la mente.  
Debería probar cuán sólida era  
y cuán bien hecha estaba la escalera.  
Con las manos, tiempo y mucha paciencia,  
y como si de un ritual se tratara,  
podría recorrer las piedras, cada  
pliegue, cada entrante, acariciar  
la lisa o rugosa superficie  
dejando que estas sensaciones  
le llegaran directamente a la cabeza.  
.....  
«... Cuatrocientos treinta y dos mil veintiséis  
cuatrocientos treinta y dos mil veintisiete  
cuatrocientos treinta y dos mil veintiocho...»

.....  
Manténíala rutina porque intuía  
esa firme creencia en que de alguna  
manera así se oponía a la marcha,  
a la incierta y cruel fuga del tiempo.  
En un momento de receso, sentado  
en un peldaño y apuntalando la espalda  
en la roca, su mente rememora  
pequeños trozos de pasado sobre el sendero  
recorrido y en el suelo reflexiona  
sobre los métodos empleados.  
Allí donde lo vimos por primera vez,  
en un lugar indeterminado del tiempo,  
pensamos que ya poseía un cierto saber  
que nunca pudimos identificar  
y si desde entonces hasta ahora le sumamos  
todos los conocimientos que su razón  
haya podido atrapar –que podrían  
ser muy escasos y que cree le fueron  
sumamente útiles– podemos percibir  
que en la mayoría de las ocasiones  
se perdió por simple desidia,  
un comportamiento que consideramos que  
no demuestra indicios de inteligencia alguna,  
sino de una increíble estupidez.

.....  
Al principio empieza como una leve

percepción y acto seguido creciente,  
que contiene alguna cosa ciertamente  
de comezón y que no podemos recordar  
cuándo empezó o si hubo  
algún tiempo en el pasado en el que no estuviera.  
Supongamos que sencillamente no se va,  
que hay un dolor que sigue a Vacu: se instala  
en sus huesos y no desaparece.  
Imaginemos que es crónico y resulta  
que es especialmente insidioso  
porque casi siempre trabaja  
completa y constantemente en secreto  
–infierno que abrasa su interior–  
y no lo sabemos pero por desgracia  
probablemente le afecte cuerpo y razón.  
No creemos que sea importante, mas  
ese nuevo dolor le impedirá moverse  
hasta el punto que subir un solo peldaño  
le causará un sinnúmero de agudas  
punzadas del todo insoportables.  
Podría gritar en silencio contra  
ese dolor que se le ha impregnado  
desde tiempos inmemoriales; podría  
pedir clemencia pero no  
le serviría de nada porque esos  
imperativos son inútiles; incluso así  
hay un impulso incontrolable

que lo empuja a probar, a reclamar respuestas,  
mas no recibirá palabras, tan sólo  
silencio y un puro y terrible sufrimiento.

.....

Se había apoderado conquista tras  
conquista del espacio de la escalera  
que habitaba y Vacu se consideraba  
capacitado para dominarla en toda  
su alargada y retorcida amplitud.  
A veces, quizá, pero muy pocas,  
admitía sentirse realmente  
orgullosa y enaltecida y con renovadas  
fuerzas porque pensaba que podría  
apropiarse de sus recientes  
descubrimientos y nuevas capacidades  
y a medida que conquistaba el mundo  
—ahora y aquí recordemos que se reduce  
al pasadizo perforado en la roca—  
lo reconocía y de él creía sonsacar  
algunas de esas leyes más sencillas  
que lo gobernaban ampliando así  
el conocimiento del enmohecido entorno  
por donde y, por decirlo con una palabra  
menos peyorativa, deambulaba.  
Pero también sabía por este motivo  
reconocer sus propios límites  
y que se encontraba cada vez más

empequeñecido delante de los misterios  
que todavía podría esconder la escalera.  
Se daba cuenta de la delicada  
situación en la cual se encontraba.  
Padecía, le angustiaba no saber  
qué otros sufrimientos lo atacarían  
cruda y terriblemente más arriba.  
¿Qué se puede esperar de un ser tan frágil?  
Entonces era necesario que Vacu eligiera  
o seguir adelante a pesar de desconocer  
los más que probables peligros  
y asumir el dolor que lo acompañaba,  
siempre tan crónico e inevitable  
–tortura constante del cuerpo y de la mente–,  
o bien retroceder y bajar la escalera  
y, en un momento de gran debilidad,  
dejarse ir y caer, considerar  
que no vale la pena y dejarlo estar.  
Escondido en la penumbra le surge  
la tentación de ir hacia atrás  
de reencontrar lo que le es familiar  
y conocido, una forma esta,  
como cualquier otra –sospechamos  
que la única–, de sentirse seguro.  
Pero, si no le quisiéramos dar  
suficiente importancia a sus frágiles  
muestras de recuerdos, podría pasar

que Vacu no tuviera una historia;  
sería como si no hubiera existido.  
Pero ahora no lo consideraremos  
porque sería una estúpida pérdida  
de tiempo y porque lo que más interesa  
es seguir adelante, no descuidar el ritmo.  
Un Vacu emprendedor se deja llevar  
por posibilidades desconocidas,  
tan sólo vislumbradas; dejarse ir,  
abandonarse, conectar con el mundo  
interior afectivo y sensorial  
de la escalera... Pero produce un cierto  
estremecimiento o pavor porque  
el instrumento de la intuición es capaz  
de verter pasiones incontrolables  
e ilusiones e inquietudes y angustias.  
Entonces, si Vacu quisiera descubrir  
nuevos lugares, sería necesario que penetrara,  
escalera arriba la incertidumbre, balanceándose  
en la duda y profundizando y tomando parte  
en una de las acciones posibles  
y después, una vez tanteado el nuevo  
campo de acción y conseguida  
cierta clarividencia, actuar.  
Las acciones de este plan que preveía  
seguir, las retenía en la memoria;  
si eran acertadas las volvería

a utilizar en otros tramos de la escalera  
y las rechazaría si resultaban inútiles.  
Más adelante, cuando el estado de las cosas  
lo pidiera, volvería a recurrir  
a la anterior estrategia, a aquella  
que le permitió enfrentarse  
a situaciones muy parecidas  
—como por ejemplo en las ocasiones  
que podríamos considerar demasiado seguidas,  
por su gran tendencia a caerse  
o tropezar más de dos veces  
por culpa del mismo peldaño: una forma  
tradicional y muy conocida  
por todos de nombrar la incompetencia—,  
para superar nuevamente escollos  
dolorosos y conflictivos de otros tiempos.  
Actuaba, volvía a avanzar  
pensativo y ceñudo esperando  
el descubrimiento, el definitivo,  
el que le diera tranquilidad  
a aquella atormentada mente suya:  
un monólogo que dispara una voz  
dentro de la mente que resulta ser otro  
monólogo... y así repetidamente  
en la profundidad de la cabeza, hasta el infinito.  
¿Qué le inquietaba, qué le empujaba  
y de dónde procedía el desasosiego?

.....  
«... Seiscientos sesenta y cuatro mil ciento dos  
seiscientos sesenta y cuatro mil ciento tres  
seiscientos sesenta y cuatro mil ciento cuatro...»

.....  
La energía interna lo perturba;  
si no pudiera expresar ni descargar  
la excitación que ahora experimenta,  
acabaría por agravar su mal.  
Tumbado, los peldaños clavados en la cabeza,  
en la espalda y en las nalgas, cierra sus ojos  
y deja de pensar en el paso del tiempo.  
Mientras la mano busca el flácido miembro  
se acaricia el glande y los sucios testículos  
e imagina que alguien, asimismo desnudo  
—tan sólo podría ver un ser como él  
porque no tiene la imagen de ningún otro—,  
lo amenaza con su pene erecto,  
abre las piernas por encima y le mete  
la dura verga en la boca abierta  
y lo atrae hacia sí para que lo masturbe  
cogiéndolo por la melena y haciéndole  
mover la cabeza para ajustarla mejor  
a las necesidades de su placer,  
mientras Vacu lo agarra por las nalgas  
y lo ayuda a controlar la embestida.  
Se excitan los dos a fondo, largo rato.



Lentamente, Vacu siente en su mano  
cómo aquel miembro adormecido  
despierta con ganas de crecer y hacer  
valer la presencia del deseo:  
el desenlace es del todo previsible.  
En el momento culminante, el falso doble  
desaparece y en el punto exacto  
del no retorno llega la espesa neblina  
del orgasmo que ofusca su cuerpo y su mente:  
toda la sangre se concentra en el sexo.  
Pero de repente percibe una punzada  
horrible como si le traspasaran  
el pene con una gruesa aguja.  
Fundidos los dos, esta experiencia  
de dolor y placer no se puede describir:  
una protuberancia de carne  
sangrante y anormalmente hinchada,  
hasta que estalle con la eyaculación,  
hasta que mane el esperma y le pringue  
las manos y el espeso brebaje disperse  
por el suelo un final inapelable.  
Después, retorcido el cuerpo por el tormento,  
el corazón recupera el ritmo tranquilo  
y la respiración se vuelve honda.  
Con la cara torcida sobre un frío  
peldaño, Vacu reconoce el silencio  
que llega después de la excitación.

El placer es un regalo que llega y se va  
y dura demasiado poco, instantes efímeros,  
pero el sufrimiento tiene ese gran poder  
de residir perdurable a lo largo del tiempo.  
Vacu se ve obligado a continuar  
aprendiendo a convivir con el dolor.

.....

Con el paso de los días se impone el deber  
íntimo de pensar continuamente  
en las piedras, de no distraerse nunca  
porque el olvido más insignificante  
podría redescubrir su tormento  
y llegar a ser –en un futuro– intolerable.  
Quizá Vacu se engañaba pensando  
que aprendería demasiadas cosas, pero  
en realidad no sabemos si sería  
capaz de fijar la mirada sobre  
las esenciales y eso le podría  
impedir poner en orden su cerebro  
y asumir una actitud adecuada  
hacia sí mismo y el entorno de la escalera,  
el ambiente semioscuro que lo rodea.  
Avanzando, los peldaños no se quedan, se van.  
Distintos, se aplaza el momento de entenderlos.  
Vacu ha estado largo tiempo confinado  
entre estas dos paredes y ha tenido  
que dedicar gran parte de su esfuerzo

a contar y descontar todos los peldaños,  
pero aún tenderá a prolongar  
esta actitud incluso después  
de los años, cuando ya no parezca necesaria.  
Viéndose a sí mismo absorto tan solo  
en el constante y repetido recuento,  
corre el grave peligro de dedicar toda  
la energía a esta perseverancia  
y, por lo tanto, a obstaculizar y empobrecer  
la búsqueda de un *porqué* a la existencia.  
Vacu pensaba que nunca se había  
tropezado con ningún ser como él, o alguien  
diferente, pero en definitiva,  
con algún otro, y eso le provocaba  
una extraña añoranza que podría  
llegar a convertirse en sonambulismo.  
Hablabá solo y lo hacía con la boca  
torcida como si se dirigiera a alguien  
que anduviera a su lado, pero,  
claro está, sabemos que no hay nadie.  
Entonces, ¿por qué demonios lo hacía?  
Tanteando los senderos de la locura,  
errático, se extravía en la *nada*  
y el vacío que lo arrastra muestra  
a un ser de escasa seguridad  
pero con la capacidad mínima  
para convivir con todas esas noches:

las tinieblas que arriba y abajo trajina.  
Lo atormentan inútilmente los actos  
más fútiles e irrelevantes; podríamos  
asegurar que se obstina a tomarse  
demasiado en serio cualquier  
minúsculo e insignificante detalle.  
Si lo examinamos con lupa, veremos  
algunos instantes congelados en el tiempo  
que no aportarán nada nuevo excepto  
un cuerpo mutilado y su sufrimiento,  
carente de palabra alguna.  
Veremos como su dolor es tempestad  
que explota violentamente encerrada  
en el armazón del cuerpo y de la mente.  
Vacu siempre tiene a su lado el dolor.  
Está con y dentro de él, lejos de cualquier  
posibilidad de observarlo desde fuera  
y, por lo tanto, de descubrir su origen.  
Apretados los dientes y fruncidas las cejas,  
hosca la mirada y naufragados los ojos,  
la cellisca en medio de las pupilas locas  
y los pelos de punta y el cráneo agrietado,  
breves gemidos y un llanto que pide auxilio  
desde un cuerpo henchido de estremecimientos.  
.....  
Cuando meditaba, podía llegar  
hasta una conclusión aproximada,

cuando menos a un leve presentimiento,  
de que, a pesar de sus ínfimos y limitados  
conocimientos, buscaba como sin  
quererlo un *absoluto* que envolviera  
toda esa angustiada soledad.

Sin embargo, llegaba siempre a la certeza  
de que todos esos razonamientos que tanto  
lo preocupaban sólo le proporcionaban  
sustitutos en los cuales era imposible  
recrear su verdadero nombre.

Empapado de miedo, la vacuidad  
de la temible nada lo poseía:  
los sentimientos que brotan de un corazón  
vencido, se asoman y se precipitan al fondo  
de un abismo del cual no renace nadie.

.....  
«... Ochocientos cuarenta y cinco mil treinta y cinco  
ochocientos cuarenta y cinco mil treinta y seis  
ochocientos cuarenta y cinco mil treinta y siete...  
Si ahora caigo nadie irá tras de mí.  
¿Cuál es la procedencia de la hiel,  
del denso humor y de los esputos negros?»

.....  
Entonces enmudeció de repente y una binza  
blanca le cubrió los iris y rápidamente  
un relámpago azul le horadó las pupilas  
y la niebla espesa invadió su cerebro:

en el interior las voces reaparecían,  
sabía muy bien lo que eso significaba.

.....  
*vértigo mareo angustia y delirio*  
*visión de niños moribundos que chillan*

.....  
Ese estado era como volver  
en sí después de una embriaguez  
producida por el efecto de una droga.  
Sentir el mal sabor y la lengua pastosa,  
atiborrado el cuerpo con la sensación  
desagradable que produce  
detenerse después de un largo viaje,  
en el instante que el andar rítmico finaliza,  
provocando suficiente silencio  
para que dentro las voces resuenen todavía.

.....  
*vértigo mareo angustia y delirio*  
*visión de hombres y mujeres que gritan*

.....  
Siempre pensaba en otra cosa  
al mismo tiempo que subía la escalera  
para no perder el tiempo, como si quisiera  
encontrar alguna respuesta más adelante  
—no sabe cuál— magnífica o sublime.  
A menudo se corregía inclinando  
las reflexiones hacia ese misterio,

entonces parecía entender lo que buscaba.  
Otras veces, pensaba de manera errática  
y se perdía entre sus razonamientos  
hasta que al final abandonaba la búsqueda  
de ese nombre imposible de mencionar.  
Pero cuando quería alejar estos  
pensamientos para que no lo distrajeran  
de las preocupaciones de las cuales podría  
sacar algún provecho, entonces empezaban  
a aparecer inoportunos y con más fuerza.  
Aunque se esforzara hasta el límite  
para querer ser perfecto, no sabría  
despojarse de la condición  
de sus debilidades, que son  
la raíz de su insuficiencia.  
Existe alguna cosa inexplicable  
en la mente de Vacu que nace y brota  
lentamente: imágenes oscuras, recuerdos  
perdidos y un debate que proviene de lejos.  
Demasiado confuso llega al consciente  
un remolino de grises donde no se puede  
distinguir forma ni símbolo alguno  
que se deje interpretar o traducir.  
¿Qué sube hasta la superficie  
de la conciencia a solicitar  
el derecho de llegar a ser real, tangible?  
Vacu se conmueve, se retuerce y se levanta

de los peldaños y empieza a preguntarse  
—sin dejar nunca de subir la escalera—  
cuál podría ser esa conducta,  
que últimamente tanto lo acecha.  
¿Por qué ahora se da cuenta y antes no?  
Quiere probar a hacerlo surgir de nuevo  
y da marcha atrás en el pensamiento,  
buscando el instante preciso en el que  
empezó aquel desasosiego.

.....  
Siempre vive dentro de la misma atmósfera:  
la luz mortecina que lo envuelve,  
el silencio oscuro que le presiona las sienas...  
De nuevo cree que si rehace el camino  
podrá descubrir la primera causa  
del efecto que lo trajo hasta este  
presente y que lo deberá guiar de ahora  
en adelante. Pero después de tanto  
tiempo, el esfuerzo requerido es demasiado  
importante para un ser como Vacu,  
que siempre luchó sin descanso  
en la penumbra de esta galería,  
arrastrando la carga de miedos y tinieblas.  
Y para que desde ese instante buscado  
en los recuerdos hasta aquí no haya nada  
en medio del camino de retorno, aparta  
cualquier obstáculo y todo pensamiento



extraño, mientras cierra los ojos con fuerza  
y con sus torpes manos se repasa  
la cara y el cuerpo como si quisiera  
arrancarse el alambre de púas que lo atrapa  
y lo envuelve con dolores terribles:  
tajos arados en la piel, profundas heridas  
que atraviesan los límites del sufrimiento.

.....

*vértigo mareo angustia y delirio*  
*visión de niños moribundos que chillan*  
*vértigo mareo angustia y delirio*  
*visión de hombres y mujeres que gritan*

.....

Entonces parece que se concentra como nunca  
para que ninguna distracción lo aparte  
de ese delicado estado de ensimismamiento  
y se prepara para hacer una nueva tentativa,  
superior, como si quisiera revelarse  
contra esa angustia que lo abrume.  
Pero después, una vez más,  
vuelve a experimentar el vacío de la *nada*.  
Se para y por unos breves instantes ni piensa.  
Enseguida y sin saber por qué  
vuelve de nuevo a subir y bajar escaleras,  
varias veces, como si quisiera  
recuperar el recuento de los peldaños:  
la seguridad que da un mundo tangible.

Sabe que su viaje por la memoria  
ha sido un fracaso: muy vivo regresó  
el desengaño y se sintió más miserable.

.....  
«... Un millón cien mil cincuenta y uno  
un millón cien mil cincuenta y dos  
un millón cien mil cincuenta y tres...»

.....  
La galería, que ascendía  
agujereada dentro de la roca, estaba llena  
de grietas abiertas en las paredes,  
de las cuales rezumaba un limo purulento:  
heridas en la piel del mismo Vacu.  
Esa escalera que no terminaba nunca  
lo había abandonado en medio de un túnel,  
haciéndolo ir arriba y abajo hacia un final  
que no llegaba, que no se vislumbraba.  
Corría imaginando que su sudor  
era sangre y pus pestilente que brotaban  
de las paredes llagadas: sangre espesa  
que lentamente goteaba hasta  
los peldaños y le empapaba los pies desnudos.  
Cuando el aire se volvía irrespirable,  
agobiante, las tinieblas lo envolvían  
y lo presionaban tal si un coloso  
enojado e irascible lo hubiera secuestrado  
para aplastarlo entre sus manos.

Aunque llamara y chillara  
pidiendo ayuda, aterrorizado,  
sabía que nadie lo escucharía.  
Y cuando ya no podía avanzar más,  
yerto, sentía los fuertes latidos en las sienas.  
Quería detener el corazón, tranquilizarlo,  
porque nunca lo haría por sí solo:  
liberarlo y ayudarlo a reposar.  
Estaba en constante peligro. La frontera  
entre la vigilia y el sueño, entre lo verdadero  
y lo irreal, es una zona desprotegida  
de eventuales obstáculos, de trampas  
y de abismos que en cada nuevo paso  
podrían abrirse y, aunque nunca  
le había pasado, desconfiaba.  
Siempre que volvía a tener esos  
pensamientos, le flaqueaban las piernas;  
tambaleándose subía despacio  
como si un abismo lo fuera a sorprender.  
En aquella vida tan maquinal  
como la suya, ¿qué pasará *mañana*?  
¿Y qué pasó *ayer* o *antes de ayer*?  
En la profundidad del cerebro  
de Vacu, todos los pensamientos se pierden.  
Así pues, ocurre que intentar  
reproducir el tiempo es trabajo perdido,  
todos los esfuerzos son inútiles.

Empieza por un leve cansancio,  
imperceptible, como cuando un día  
imaginamos que escuchamos una voz  
muy lejana que nos susurra  
al oído y después de prestar  
atención lo dejamos estar porque  
no creemos que haya sido real, posible.  
Un buen día, cuando Vacu ya no lo espera,  
disimulando, saca la cabeza ese  
porqué y todo empieza a hundirse.  
Tiembla como si tuviera frío, se sienta,  
y asediado por la oscuridad, a solas, llora.  
¿A qué viene dar a un infeliz la luz,  
la vida a los que tienen la amargura en el corazón,  
que aspiran a la muerte sin que venga?

.....  
No, Vacu nunca fue sabio en su  
soledad, nunca supo qué hacer con ella  
y no cree en ningún más allá, hundido  
como se encuentra en el barro del infortunio.  
Ahora, después de tanto tiempo, tanto que ya  
ni se acuerda, casi no tiene  
un instante de tranquilidad:  
en estas escaleras lo persigue  
el jadeo de los sueños más terribles.  
Entonces es difícil fijar el instante  
preciso cuando Vacu hizo el paso sutil

y el espíritu apostó por la muerte.  
Inquieto y deseoso de conocer,  
si todavía fuera capaz de mirar más  
allá de sí mismo y de levantar  
la mirada por encima de los propios  
miedos, tendría la posibilidad  
de recuperar el interés por la vida.  
Como cuando una de aquellas voces le habló  
hace ya mucho tiempo y pudo acallar  
su tormento, ahora otra recita  
y reanuda el lamento en el punto  
en el que, terrible, se interrumpió.

.....  
*vértigo mareo angustia y delirio*  
*visión de niños moribundos que chillan*  
*vértigo mareo angustia y delirio*  
*visión de hombres y mujeres que gritan*  
.....

Y se nos escapa alguna cosa, ¿cuál?  
¿Qué hace que este despojo se aferre  
a la escalera, que valga tanto la pena?  
¿No ha aprendido de la trágica experiencia  
de que tan sólo encontrará sufrimiento?  
Se mantiene constantemente en un esfuerzo  
extremo, solitario, y sabe que en esa  
conciencia, en esa revuelta,  
está desafiando a una respuesta.

Vacu, un saco de huesos enflaquecido, deforme,  
ajado por el dolor del cuerpo y de la mente,  
casi imposibilitado para moverse,  
desnudo, a merced de las incontinencias, sucio,  
con llagas en la piel y los labios desgarrados,  
se arrastra pesadamente y... No podrá.  
Tose, se atraganta y vomita esputos,  
pero con las manos araña peldaños  
a la escalera con el ánimo de seguir subiendo,  
poco a poco, el peso de la existencia.  
Después de tantos años de incesante dolor,  
él es, en cierto sentido, sólo herida,  
su carácter es inseparable  
de su sufrimiento, íntima unión.  
En la escalera se oyen ruidos  
mortecinos, un cierto murmullo  
de alguien que anda, que se arrastra.  
Se escucha una voz casi inaudible  
de un ser herido, no obstante, no son  
verdaderamente palabras, se parecen  
más a los lamentos de una herida abierta.  
Entonces, todo lo que se ve y se percibe  
se comprime en una sola imagen  
que expresa una larga metamorfosis,  
resultado de un prolongado sufrimiento.  
Llegará a descubrir que padecer  
se puede considerar como su

verdadero sino, donde el sufrimiento  
es la tarea, su única tarea.

Así, tal vez ahora podría entrever  
que incluso él, padeciendo tanto, es único  
y que está muy solo; nadie lo podrá  
aliviar o sufrir en su lugar; existe  
solamente una oportunidad y radica  
en la forma de cómo lo soporte.

Qué le vamos a hacer. ¿Aun así, es necesario que siga?

No lo sabemos. Vacu ya no tiene nada más  
que perder en esta ridícula vida.

Por lo tanto, a continuación y rápido,  
bordaremos artificios más o menos  
consistentes para salvar los restos  
aunque creemos sinceramente  
que las oportunidades de tener éxito  
son muy escasas. Lo veremos.

.....  
«... Un millón trescientos cuatro mil cinco  
un millón trescientos cuatro mil seis  
un mill... ¿Cómo? ¿Qué hace aquí esta pared?  
¡No puede ser, no lo entiendo, no puedo seguir!  
Acaba la escalera y... ¡No hay más peldaños...!»

.....  
Sin poder asumir ya de ninguna foma  
la situación profirió un alarido  
terrible y sobrecogedor como si saliera

de un condenado a las peores torturas,  
nacido de la profundidad del ser  
–incluso a nosotros nos ha conmovido–,  
un grito que lleva rabia contenida  
y dolores acumulados y macerados  
durante años, hasta aquí: toda una vida.  
¿Pero qué es lo que vemos? ¿Qué pasa?  
Después de todo este sufrimiento suyo  
le invade un sentimiento, una extraña  
y tranquila sensación de paz,  
como si unas manos suaves, desconocidas,  
le acariciaran sus heridas,  
las del cuerpo y las de la mente:  
respirar unos instantes imperceptibles  
sin temer las punzantes consecuencias.  
Entonces lo impensable: **¡Vacu nos sonrío!**

.....  
Callamos, llegados a este punto callamos.  
Delante de un ser sufriente que ha podido  
soportar tanto dolor durante todo este  
tiempo, sólo podemos callar y observar.  
.....



.....  
(Así es que sobre las realidades  
más importantes y a la vez radicales  
no se sabe gran cosa, nada se puede decir.  
No existen ayer ni mañana. Todo es ahora.  
¿Este final pone de manifiesto  
la *nada* o la *trascendencia* ?  
¿La verdadera y única salida  
de la escalera se encuentra precisamente  
allí dónde no hay ninguna posible?)  
.....